

CAPITULO IV

MINISTERIOS APOSTÓLICOS

SUMARIO: 1. Costumbre de dar misiones en torno de los colegios. El P. Jerónimo Dutari.—2. Primeros diez años del P. Calatayud empleados en misiones intermitentes, 1718-1728.—3. Método de misiones que adoptó el Padre Calatayud.—4. Reseña de las principales misiones que dió en España.—5. Ejercicios al clero en varias diócesis.—6. Obras parenéticas y ascéticas con que el P. Calatayud completó su labor apostólica en España.

FUENTES CONTEMPORÁNEAS: 1. *Litterae annúas*.—2. Calatayud, *Misiones y Sermones*.

1. En el siglo XVIII continuó la costumbre, que ya vimos en tablada en el siglo anterior, de salir a dar misiones por la comarca desde todos los domicilios de la Compañía. Según era más o menos numerosa la comunidad, solían ser más o menos las misiones que de ella salían; pero se puede asegurar, que no había colegio o residencia tan ruin, que no enviase un par de misioneros a santificar siquiera por breve tiempo alguna ciudad o pueblo importante de las cercanías. Y como en abriéndose la misión en un pueblo, solían acudir a ella los pueblos situados a la redonda, resultaba que el beneficio de la obra apostólica se extendía a muchos miles de almas y renovaba espiritualmente a varios centros de población.

Si se leen las vidas de nuestros más insignes religiosos, o solamente las cartas necrológicas que se escribieron a la hora de su muerte, desde luego se observa que todos frecuentaron más o menos el ministerio espiritual de dar misiones, además de la predicación ordinaria y como de tabla que ejercitaban habitualmente en las iglesias de nuestros colegios. El Venerable P. Manuel Padial misionaba en los pueblos de Jaén, Granada y Málaga. El P. Juan de Santiago hacía excursiones apostólicas por los pueblos de la diócesis de Córdoba, el P. Cardaveraz recorría las aldeas de Navarra y las provincias Vascongadas donde se habla

el vascuence y aun extendía su celo a las regiones de Santander y Asturias. De los colegios de Urgel y Gerona salían parejas de misioneros que penetraban en todos los rincones de los Pirineos orientales, para que la palabra de Dios llegase a los oídos de todos los campesinos, aun los más apartados del trato de las gentes.

Con ser tan frecuentada esta labor de las misiones, advertimos, sin embargo, que eran muy pocos los hombres destinados exclusivamente a ellas. Los misioneros solían ser, por regla general, o profesores de nuestros colegios, o confesores habituales de nuestras residencias, o tal vez ministros y aun rectores de nuestras casas. Tenían, en fin, otro oficio constante en algún domicilio nuestro, y sólo en tiempo de cuaresma o aprovechando las vacaciones de verano, dedicaban sus esfuerzos a la obra apostólica de misionar por los pueblos. Los Padres de las Casas Profesas y de las residencias, como no sometidos al trabajo regular y forzoso de las cátedras, tenían más libertad para hacer excursiones en cualquier tiempo y efectivamente solían escoger para sus misiones no los días en que ellos estuvieran desocupados, sino aquellos en que estuvieran más libres los habitantes de los pueblos en que deseaban sembrar la palabra de Dios.

Entre los hombres que ejercitaban este sagrado ministerio a principios del siglo XVIII, dejó grata memoria el P. Jerónimo Dutari. Había nacido en Pamplona el 1671, y desde que terminó la carrera de los estudios se dedicó cuanto pudo a dar misiones por los pueblos. No le fué posible consagrarse únicamente a esta obra, porque la santa obediencia le empleó en otros oficios. Habiéndole hecho Rector del Colegio de Burgos, le permitió el Padre Provincial, que cada año gastase tres meses en misionar por ciudades y aldeas. Aunque reducido a tan breve tiempo, el Padre Dutari desplegó cuanto pudo las alas de su fervor y consiguió fruto considerable con sus trabajos apostólicos. Siguió generalmente en sus misiones el método establecido por el P. Jerónimo López, y sobre todo restauró una costumbre introducida por aquel gran misionero y que había caído ya en desuso. Tal era la procesión de penitencia. Opinaban algunos a principios del siglo XVIII, que ya el pueblo cristiano de España no estaba dispuesto para un espectáculo que parecía anticuado. El P. Dutari hizo su ensayo en la ciudad de Burgos y se observó que el católico pueblo burgalés correspondió admirablemente a la idea del misionero y ejecutó la procesión con afectos de humildad y peni-

tencia que edificaron a todos los circunstantes. Ya no hubo duda de que el pueblo aceptaba aquella piadosa práctica y ya veremos cómo la promovió el P. Calatayud.

Grande fruto espiritual recogió el P. Dutari con sus sermones; pero tal vez el principal que solía obtener era la fundación de alguna Congregación de María Santísima en cada pueblo, a la cual dejaba reglas oportunas para perseverar en la práctica de las virtudes cristianas. Prescribía confesar y comulgar cada mes, tener cada día un rato de lectura espiritual y otro de meditación de lo que habían leído. Además en ciertos días se reunían en común y se acusaban públicamente de las faltas exteriores que hubieran cometido en los ejercicios de piedad y penitencia. A estas Congregaciones llamaba el P. Dutari *Escuelas de María*, y si era posible, procuraba que la Escuela constase de setenta y dos discípulos, de los cuales veinticuatro fuesen sacerdotes y los restantes seglares. La última práctica piadosa que les recomendaba era el hacer los Ejercicios por ocho días cada año. El P. Antonio Carrera en la carta necrológica que escribió a los tres días de morir el P. Dutari, decía: «En todas partes donde hizo misión, quedó establecida la lectura espiritual en las familias de los seglares todos los días, y la explicación de la doctrina cristiana dos veces al mes, y sobre todo el silencio y reverencia en los templos, en lo que se esmeran los de la Escuela de María.» Fué lástima que el P. Dutari no tuviese tiempo para hacer más en el campo de los trabajos apostólicos, pues no le fué posible desplegar toda su actividad, porque Dios le cortó el hilo de la vida en 1717, cuando sólo contaba cuarenta y seis años.

2. Apenas había desaparecido de la escena este misionero, empezó a mostrarse al mundo el más insigne que tuvimos en el siglo XVIII: el P. Pedro Calatayud. Este hombre extraordinario, que, como dijimos, había entrado en la Compañía el año 1710, siguiendo el curso de sus estudios, llegó a ordenarse de sacerdote en Salamanca por Febrero de 1718. Hubiera deseado entregarse desde luego al ministerio de las misiones y gastar en él todos los días de su vida; pero los diez primeros años hubo de contentarse con dedicar a esta labor el tiempo que le sobraba de otras ocupaciones que le impuso la santa obediencia.

Estrenóse el P. Calatayud en el oficio de misionero por Setiembre de 1718. Aprovechando las vacaciones veraniegas, acompañó al P. Juan Abarizqueta, guipuzcoano, que deseaba

dar una misión en el valle de las Batuecas, al Sur de la provincia de Salamanca. Hicieron alto en el pueblo de la Alberca, y allí dispuso el P. Abarizqueta dar su misión, atrayendo cuanto pudiese los habitantes de aquel valle arrinconado entre ásperos montes y precipicios peligrosos. El primer sermón que predicó el P. Calatayud fué sobre el pecado. Sintióse desde entonces en el púlpito sin miedo y con cierto dominio de sí mismo y sobre el auditorio que parecía indicar tenerle Dios destinado a la tarea de la predicación. El pueblo correspondió bien al trabajo de los misioneros y la moción de los ánimos fué mucho mayor desde que obtuvieron del Señor el beneficio de una lluvia abundante que estaban pidiendo para sus campos agostados. Este favor les dispensó la divina Providencia el día que dirigidos por los misioneros ejecutaron la procesión de penitencia que solía hacerse en estas misiones.

Oigamos cómo refiere el hecho el mismo P. Calatayud: «La primera misión que hice fué en la Alberca, año de 1718. Salió la procesión de penitencia a las eras que dan vista al santuario de Nuestra Señora de la Peña de Francia. El cielo estaba sin una nube, la sequedad grande. Los niños nazarenos, muchos en número, y los grandes, con sus trajes de penitencia, sin duda alcanzaron la lluvia del cielo. Porque estando parada un buen rato la procesión y mirando hacia el santuario, empezó a revolverse el aire de suerte que, acabada la procesión, al amanecer de la mañana inmediata, empezó a llover tanto, que prosiguió por tres días el agua» (1). Aprovechando la buena disposición de los ánimos agradecidos a Dios por tal beneficio, procuraron los misioneros curar un mal grave que existía en aquel pueblo, y era una enemistad profunda contra varios pueblos vecinos, a consecuencia de cierto pleito enmarañado que había sido origen de terribles desavenencias. Los ministros de Dios persuadieron la paz a los enemistados y consiguieron unir aquellos corazones antes tan divididos. Otra misión no menos fructuosa dieron en Peñaranda de Bracamonte y volvieron a Salamanca para el día de San Lucas, 18 de Octubre, en que se abría el curso escolar de la Universidad.

Al año siguiente, 1719, repitieron su expedición apostólica los PP. Abarizqueta y Calatayud; pero esta vez fué más larga y

(1) *Arte de hacer misiones*, P. IV, c. 2.

fructífera, como que duró unos cuatro meses, desde fines de Mayo hasta principios de Octubre. El campo de su celo fué aquel territorio de las Jurdes, conocido entonces como ahora por la extremada miseria y rusticidad de sus habitantes. Vivían éstos en pobres chozas, donde no había una cama decente para dormir; los alimentos eran malos, y el sol de verano, que caldeaba los pizarrales de que están formados los montes, hacía molesta e insalubre la permanencia en aquellos barrancos. No se espantaron por estas penalidades los misioneros. Empezaron su labor por Nuñomoral, pobre villorrio de unas treinta casas miserables; pasaron después a Cepeda, y luego se detuvieron más despacio en Miranda del Castañal, villa situada en la cumbre de un cerro, más frecuentada de vecinos y donde por lo mismo el trabajo apostólico y el fruto recogido fué de más consideración. En estas misiones no sabemos que nadie se resistiese a la acción salutífera de los misioneros. Aquella gente, ruda por demás, pero no estragada por los vicios y malas ideas de las ciudades, oía con veneración los consejos de los Padres y ejecutaba lo que mandaban aquellos hombres, a quienes miraban como inmensamente superiores, así en virtud como en talento y cultura. La dificultad estaba en la ignorancia de aquella gente. Por eso el P. Calatayud puso la principal diligencia en enseñarles el modo de confesarse bien y en inculcarles las verdades fundamentales del catecismo.

Salidos de los barrancos de las Jurdes, los Padres dieron dos misiones de más fuste, la primera en Ledesma y la segunda en Aldeadávila, a orillas del Duero, donde este río divide a España de Portugal. Tuvieron el consuelo, no sólo de santificar a los habitantes de estas villas, sino también de oír las confesiones de muchos aldeanos que acudieron a la misión desde los pueblos circunvecinos. En Ledesma empezó el P. Calatayud una práctica que le fué después muy frecuente en el curso de sus misiones. Existía allí un convento de religiosas de San Benito. Aprovechando el tiempo que le dejaban libre otras ocupaciones de la misión, hizo unas cuantas pláticas a la comunidad y oyó en confesión a las religiosas, lo cual fué una verdadera renovación del monasterio.

Volvieron ambos Padres a Salamanca por Octubre, cuando debían empezar los cursos escolares. El P. Calatayud había terminado en la primavera la carrera de los estudios. ¿Qué dispon-

dría de él la santa obediencia? Ya había él significado a los superiores su deseo de consagrarse a los trabajos apostólicos; pero por de pronto fué nombrado maestro de filosofía en el mismo colegio de Salamanca, lo cual no parecía el camino más recto para lo que él hubiera querido. Dejóse empero guiar por la santa obediencia, y empezó su curso de filosofía, en el cual tuvo lá fortuna de lograr algunos discípulos que luego fueron llamados por Dios a la Compañía. En la cuaresma y Semana Santa de 1720 desahogó algún tanto su celo, disponiendo devotas procesiones por la ciudad de Salamanca y predicando algunos sermones que dieron por fruto la conversión de pecadores insignes. En el verano del mismo año hizo su tercera excursión apostólica con el Padre Abarizqueta por el valle de Sayago.

No llegó a cumplir dos años en la enseñanza de la filosofía, pues en la primavera de 1721, habiendo caído enfermo, le enviaron los superiores a Valladolid para que hiciese la tercera probación en el colegio de San Ignacio. Tampoco fué completo su año de tercera probación, pues quedó reducido a cuatro meses. Por Agosto del mismo año fué enviado al colegio de Medina del Campo, para enseñar letras humanas y ejercitar al mismo tiempo el oficio de ministro. Poco tiempo le podían dejar estos cargos para desahogar su celo apostólico; pero sin embargo, aprovechó cuanto pudo las ocasiones que se le ofrecieron para predicar en la iglesia o en la plaza, y en los veranos hacía salidas para dar misiones, como lo acostumbraba en Salamanca. Cuatro años residió en Medina del Campo con los cargos ya dichos, y en 1725 fué trasladado al colegio de San Ambrosio, en Valladolid, con el oficio de maestro de Sagrada Escritura. Tres años ocupó esta cátedra, hasta que por fin el año 1728 fué destinado exclusivamente a las misiones. Había pedido él algunas veces las de Indias; pero siempre se habían opuesto a este pensamiento los superiores, observando la salud bastante frágil del P. Calatayud, que no le permitiría soportar las privaciones y fatigas corporales anejas a las misiones de indios. Dedicáronle a misionar en España, y aun este destino se lo hubo de dar con mandato superior el General de la Compañía, porque los Provinciales de Castilla se inclinaban más a emplearle en la carrera de la enseñanza, para la cual mostraba no vulgar aptitud.

3. En el año 1728 entra la vida del P. Calatayud en su estadio más brillante, cual fué la predicación apostólica en las prin-

cipales regiones de España. Hasta entonces casi siempre había sido operario subalterno y había debido someter sus ideas o al que iba por superior de la misión o por lo menos a los superiores locales que le enviaban a determinadas poblaciones o ministerios. Desde ahora empieza a proceder con más independencia, dirigiendo él mismo sus empresas y dando a las misiones la forma que le pareció más conveniente para el feliz éxito espiritual que en ellas pretendía.

Bueno será exponer de antemano el método de misionar que observaba, practicado ya en tiempos anteriores por el P. Jerónimo López, pero perfeccionado ahora y repetido con ligeras variantes en las principales poblaciones de España. Ante todo conviene fijar la atención en la persona misma del misionero, cuyo solo aspecto se ganaba la veneración de las gentes. El célebre maestro Fray Benito Feijóo, que le vió misionar en Oviedo el año 1736, nos le describe por estas palabras: «Dotóle el cielo [al P. Calatayud] de todas las cualidades oportunas para empleo tan difícil: un aspecto grave y apacible, que por la vista empieza a granjear el amor y el respeto; una voz clara, sonora y tersa, que, sin salir del tono natural, se hace oír de amplísimo auditorio; una pronunciación limpia, exactamente terminada, que no deja perder una letra al oído; un estilo de noble simplicidad, que enamora al más discreto, sin dejar de ser entendido del más rudo; un entendimiento sólido, que va derechamente a la verdad y halla las pruebas más fuertes, para que la verdad se vaya derechamente a los oyentes. A estas dotes naturales se juntaron las que dispensa la divina gracia y adquiere un porfiado estudio, resultando de todas aquel complejo a quien este país debió tan copioso fruto» (1).

Para completar este retrato discretamente trazado por el famoso beneditino, debemos añadir, que el P. Calatayud era de elevada estatura, de cuerpo recto y delgado, de rostro enjuto y macilento, como se echa de ver en algunas imágenes suyas que nos quedan del siglo XVIII. Siempre fué muy aficionado al estudio, y aunque su género de vida, siempre afanada en ministerios con el prójimo, parece que debía retraerle de las ocupaciones li-

(1) *Sermones y misiones del P. Pedro Calatayud*. 3.^a edición, t. I. Al principio *Carta del muy ilustre Señor el Reverendísimo Padre Maestro Don Fray Benito Feijóo y Montenegro*.

terarias; él, sin embargo, no interrumpió su trato con los libros, y cuando iba de camino siempre llevaba consigo cumplido recado de escribir, y apenas instalado en las posadas, tomaba la pluma y empleaba sus ocios en la composición de útiles libros espirituales. Su afición al estudio no provenía de la vana curiosidad que divaga en busca de entretenimientos eruditos, sino de la íntima convicción en que estaba, de que la sólida doctrina es fundamento indispensable para la buena y provechosa predicación. Alguna severidad se le notó en ciertas opiniones morales, defecto bastante común en hombres elocuentes, no diremos que fuera perfecto su gusto literario, pero no hay duda que el P. Calatayud hablaba y escribía con la noble franqueza y claridad de quien va derecho al fondo de la cuestión, sin pretensiones de adornos y primores afectados.

Conocida la persona, veámosla en acción (1). Por de pronto procuraba de antemano entenderse por cartas con el señor Obispo y otras personas principales que le pudieran ayudar en su empresa. «Al acercarse al pueblo señalado, dice su moderno biógrafo el P. Gomez Rodeles, bajando el P. Calatayud de la mula o jumento de que muchas veces se servía en los viajes o de la tartana, cuando podía tener el regalo de caminar en ella, rezaba de rodillas, alternando con su compañero, el himno *Veni Creator* y otras oraciones, pidiendo por el feliz éxito de la misión. Proseguía el camino en silencio, midiendo el tiempo de modo que pudiese entrar en el pueblo al anochecer. Solían aguardarle en las afueras algunas personas avisadas de antemano; armaba el crucifijo, que solía llevar desarmado en una caja; les daba la bendición con él, y le entregaba a la persona más adecuada del clero o al señor Obispo, siempre que, como le sucedió no pocas veces, le salía a recibir el Prelado.

Las personas allí reunidas y las que se iban agregando, se formaban en procesión y echaban a andar por las calles principales, acompañando algunos con faroles o hachas encendidas al

(1) Todo cuanto sigue sobre el método del P. Calatayud lo tomamos del tomo I de sus *Sermones y Misiones*. En este tomo preliminar, dividido en cinco partes, explica la forma de dar misiones, descendiendo hasta los mínimos pormenores. Lo principal del libro se halla en la parte tercera: *De varias providencias oportunas y conducentes para el mayor bien y fruto de la misión*, y en la parte cuarta: *Providencias sobre las procesiones de la misión*. De ellas tomamos lo que decimos sobre el método de misionar del P. Calatayud.

Santo Cristo. El P. Calatayud, con su compañero y otros sacerdotes invitados para cooperar al buen éxito de la misión, inspirados de ardiente celo, iban en medio de la gente, pronunciando en voz alta y pausada sentencias llamadas *saetillas*, que hiriesen los corazones de los pecadores, despertándolos del letargo de sus vicios y convidándolos a la misión. Con aquella novedad, y no esperado sermón, se conmovía el vecindario y se agregaba a la procesión, sucediendo en repetidas ocasiones que algunos pecadores, movidos por la gracia a vehemente dolor de los pecados, se echaron a los pies del Padre, queriendo entonces mismo confesar públicamente su vida escandalosa.

En llegando la procesión a alguna plaza o sitio desahogado, hacía el P. Calatayud un breve pero enérgico razonamiento, acabándolo con un fervoroso acto de contrición. Proseguían hasta el templo que había sido elegido para reunirse, y en él, sobre aquellas palabras del profeta Jonás: *Dentro de cuarenta días Nínive será destruída*, hablaba con tal copia y eficacia de razones, probando la necesidad de la misión, que aterrados los oyentes, apenas osaban salir de aquel sagrado recinto hasta que lo ordenaba el ministro de Dios, después de haberles hecho algunas advertencias. Ya había provisto para entonces, con pasmosa actividad, que estuviesen distribuidos por las calles faroles o hachas, para que se retirase la gente sin desorden ni incomodidad alguna» (1).

Tal era el primer acto de la misión, o, si se quiere, el preámbulo para los trabajos apostólicos que luego debían seguir. Al instante, si es que ya no lo había hecho de antemano, enviaba el misionero propios a los pueblos vecinos, anunciándoles la misión y convidándoles a venir a ella. Por regla general era muy bien recibida esta invitación y veíanse venir por todos lados grandes grupos de fieles y tal vez pueblos enteros procesionalmente, ansiosos de escuchar la palabra de Dios, predicada por tan renombrado apóstol. Tenía mucho cuidado de entenderse con las autoridades, así eclesiásticas como civiles, de la población y con las personas principales y más honrados vecinos, interesando a todos en el buen éxito de su espiritual empresa. Todos se mostraban dóciles a la dirección del misionero, y hasta las personas más condecoradas se esmeraban en cumplir los oficios pia-

(1) *Vida del célebre misionero P. Pedro Calatayud*, p. 68.

dosos que les encomendaba el P. Calatayud. A unos nombraba guiones, a otros prefectos, a otros enfiladores o gobernadores (nombre que usaba el Padre), para que distribuyesen bien la gente en los sermones, y sobre todo para que saliesen con buen orden las procesiones y los actos solemnes que se debían ejecutar.

Empezaban los ejercicios diarios de la misión, alternando los sermones sobre las verdades eternas con las doctrinas o instrucciones catequísticas sobre los puntos principales de la moral cristiana. Entre éstas había una a la cual daba mucha importancia nuestro misionero. Llamábala *Revuélvelo todo, llave y lo más importante de la misión*. Tal era la instrucción sobre el modo de hacer una buena confesión general. Solía explicarla dos veces en las ciudades, la anunciaba con mucho encarecimiento y de tal modo repartía la materia de las doctrinas, que las dos sobre la confesión general, o por lo menos una de ellas cayera en domingo o en día de fiesta, cuando el concurso de la gente era mayor. Esmerábase mucho en hacer con claridad y precisión aquella doctrina, para facilitar cuanto podía a los oyentes la práctica de una buena confesión general. «Hago juicio determinado, dice el P. Calatayud en su *Arte de hacer misiones*, que de los que hagan confesión general en mis misiones, no la harían la quinta parte si esta doctrina no se les explicase, ni tampoco saldrían las confesiones generales tan sólidas y con fundamento. Tan importante la juzgo, que sin temeridad me atrevo a decir ha movido a más de cien mil almas en el tiempo de mis misiones y reducido a hacer confesión general.» «Si, como es probable, añade el P. Rodeles, compuso el P. Calatayud el *Arte* hacia 1747, habrá por lo menos que duplicar esta cifra hasta el año de 1767, en que dejó de dar misiones, resultando doscientas mil personas determinadas a hacer confesión general con dicha doctrina del misionero» (1).

Función contra los juramentos, blasfemias y maldiciones.—Entre los ejercicios ordinarios de la misión solía el P. Calatayud hacer uno muy eficaz para extirpar el vicio de la blasfemia. Algún día, después de explicar la doctrina sobre los juramentos, el compañero del Padre y otros sacerdotes entretenían a las mujeres en la iglesia con algún ejercicio piadoso y el P. Calatayud tomando el crucifijo, invitaba a los hombres de buena voluntad a que re-

(1) *Vida del célebre misionero P. Pedro Calatayud*, p. 71.